

Todo fue necesario

Leonardo Martínez: *Escribanía de vivos y muertos*

Ediciones del Dock

En “Historia del guerrero y de la cautiva”, cuento perfectamente simétrico incluido en *El Aleph*, Borges explora dos deserciones culturales extremas: una suscitada por la visión de un orden “en cuyo diseño se adivinara una inteligencia inmortal”, otra generada por el descenso a un caos que se manifiesta como mucho más vital que el precario equilibrio del entorno civilizado. Para calificar a sus personajes sorprendidos en esas situaciones cruciales, Borges toma distancia de palabras tajantes como “traidor” o “renegada”, y, prudentemente, alude a la índole de las transformaciones que cambiarán sus vidas con dos vocablos de matriz religiosa: “iluminación” y “conversión”. La primera historia, la del guerrero, es casi un ardid para introducir la segunda, la de la cautiva, arriesgado reverso de la anterior, ya que la protagonista de esa segunda historia no progresa espiritualmente como el de la primera al hacer la elección que le dará un vuelco radical a su existencia, sino que retrocede al estadio más primitivo que cabe imaginar. La historia de la cautiva explora la negación cultural de una inglesa nacida en Yorkshire, raptada por un malón, que se rehúsa a ser rescatada y elige la barbarie. El argumento que fundamenta su opción se reduce a una sola palabra: la vida feroz de los indígenas la hace *feliz*.

Este breve exordio acerca de una de las posibles fuentes de la felicidad viene al caso, ya que guarda una estrecha relación con el origen y el desarrollo de la poesía de Leonardo Martínez. De hecho, un rechazo de idéntica naturaleza al de la cautiva de la historia borgeana —plasmado en su poema “El señor de Autigasta”— es la piedra basal de su obra. Trata el texto acerca de una apostasía mítica, que germinando a partir de una dudosa raíz histórica —“¿Fue Alonso Carrión / o Juan Bautista Muñoz...?”— estructura de un extremo a otro la poética del autor. La apostasía en cuestión es el punto de partida de la búsqueda de la felicidad en un mundo clausurado. La historia del señor de Autigasta cabe en

pocos versos, narra la conversión negativa de uno que abandonó su rica heredad y “mandó todo al carajo / religión y familia / rey y teniente de gobernador / y se adentró en el caserío de indios / por los matorrales de Huaycama / para hacer vida de idólatra / fornicar con salvajes / comer viandas asquerosas / pintarrajeado / emplumado / por fin libre...” Sin que pueda considerársele un cautivo, es evidente que Leonardo Martínez está cautivado por el colorido y la desnudez del mundo indígena. Aunque su infancia transcurrió en una provincia perdida en el tiempo —Catamarca en la década del cuarenta, mucho antes de que la televisión alienara los cuerpos y las almas de sus habitantes— ese mundo indígena ya era lejana leyenda cuando, siendo niño, comenzó a jugar a los indios, juego que se ha ido sublimando con los años, aunque sin perder nunca su talante lúdico, hasta transformarse finalmente en un tupido bosque de poesía viva: refugio ideal para amores furtivos, niños aventureros y pájaros de todo tipo.

La desaparición de la cultura indígena trae aparejada la muerte del espíritu del lugar, ausencia que da origen a una nota elegíaca, nostálgica, que se hace patente en el refinado luto simbólico de los primeros libros antologados en *Escribanía de muertos y vivos: Tacana o los linajes del tiempo* (1989) y *Ojo de brasa* (1991). Hay una elegancia natural en los poemas de esos libros que se atenuará después, hasta casi desaparecer por completo en los libros siguientes, íntegramente poseídos por un impulso activo (ya no pasivo) fundido a la iniciativa de expulsar del ánimo el desarraigo embrutecedor que genera la desaparición de la antigua cultura vernácula, con su respeto por la naturaleza y su desprecio por el lucro y la alienación del trabajo. La mágica civilización indígena se ha transformado en polvo; siguiendo el mismo destino, la cultura cristiana ha decaído hasta un estado de indigencia que raya en lo patético. La ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca ha perdido su honor y su nombre; se convierte en Catamarca a secas. Ese nuevo mundo mestizo, desacralizado y empobrecido, es el eje en torno del cual prolifera la complejidad de un pequeño mundo familiar que el poeta explora en su libro en busca de un fervor de felicidad que sólo se manifiesta en la naturaleza virgen y en los encuentros sexuales. Por ello mismo, es una imagería mestiza —visceralmente erótica— la que en su poesía pugna por

reintegrarse al caos vital indígena, al tiempo que huye del orden moral cristiano, conservando empero la virtud de la piedad. No hay odio ni condena hacia ningún vivo o muerto en la escribanía de marras; sólo hay comprensión y simpatía humana. Se ha dicho que es en la vasta y peculiar galería de excéntricos parientes que despliega esta obra donde radica lo mejor del arte de Martínez; no coincido del todo con esa apreciación: la galería de raros está viva, de eso no cabe duda, pero las notas más altas de su poesía se hacen patentes en la continuada secuencia de poemas dedicados a la madre a través de los años.

Vayamos por partes, veamos primero brevemente el giro estilístico que se produce a partir de *El señor de Autigasta*: la superación de la nostalgia. El giro tiene que ver con la actitud cada vez más inclusiva que va asumiendo la imaginación verbal a medida que crece y se afianza: hambre, sed de todo y pasión sensual al esmaltar las imágenes. No se trata de hacerle espacio al mundo entero en el poema, sino de escrutar lo que de poético hay en la totalidad de lo viviente, a fin de incrementar la eficacia y la honestidad del diálogo con las sombras. Aquí, no obstante la estricta vocación terrestre del poeta, diría que hay una instancia soteriológica que en cierto modo determina a la inspiración, ya que aunque incluso lo amado pida olvido, es preciso reconciliarse con ello antes del adiós definitivo. O sea: queda en pie la necesidad de salvar el hiato de la desaparición mediante la palabra. Martínez es más modesto en sus declaraciones (lúcidas, por otra parte) y dice: “Bueno o malo / por un oscuro designio / almaceno lo cotidiano / en un depósito de insalvables carencias / Demasiado ambicioso / he repetido mil veces / y te lo he dicho amiga / mi esperanza cuando escribo versos / es su buena factura / Pero soy un amanuense / incapaz de encauzar el manantial / Éste arrasa con la hoja blanca / Es mi escritura / pero también la de un cuerpo desconocido / y sin embargo necesito escribir bien / sentir los contrastes rítmicos / el color de las vocales engastadas / en las terrestres consonantes / Hablar de la perfección / sería hablar desde un afuera / Nosotros / modestamente / tratamos de orquestar la vida...”

A mi juicio, el objetivo de fondo de Leonardo Martínez es menos modesto y más secreto que “orquestar la vida”; diría que

aspira a transfigurar la humillación, una humillación que es común tanto al desamparo de la infancia como al desamparo de la vejez. Importa tener en cuenta el hecho de que *Escribanía de muertos y vivos* hace pie en la precariedad de ambas edades del hombre, ya que su escritura comienza cuando el poeta ha superado el medio siglo de vida y tiene a la infancia —a la orfandad de su infancia— como pieza central de su tablero de ajedrez. La galería de piezas excéntricas —peones, caballos y alfiles que acompañan esa orfandad— se configura a partir de una mirada infantil: se trata de una familia espiada a través del ojo de la cerradura de un portón que tiene más de cinco décadas de espesor, una familia todavía humana en su prodigalidad de gestos absurdos y rituales trasnochados, idolatrada por la memoria, a la cual el poeta le confiere su forma definitiva con humor y generosidad.

Al margen de ese pequeño mundo trastornado por oleadas de abandono y relámpagos de demencia, junto a su orfandad se destaca una sola figura —la madre ausente— que acapara la totalidad de la calidez de una ternura apenas probada en los primeros años de su vida, y que sin embargo es simiente de inaudita feracidad. Al invocar a su madre, al hablar con ella, la voz del poeta se depura de todo lastre humorístico y caricaturesco, sin perder por ello su deseo de integración absoluta, un deseo que avanza vehementemente hasta lo imposible en su avidez de comprensión, de reconciliación. La madre es una figura a la cual la imaginación del poeta vuelve de libro en libro, ahondando el vínculo, llevándolo a un extremo de sublimidad que sólo una extraordinaria fe en la palabra poética puede alcanzar. E increíblemente, a fuerza de memoria, provisto nada más que de fidelidad y verdadero arte, el poeta supera todos los escollos, todos lugares comunes —sentimentaloides, escolares, tangueros— a que el tema pudiera dar lugar, tocando una cima de poesía única: gratitud infinita, sin par, en una época en que la palabra madre ya casi no significa nada. Para llegar a esa cima, “todo fue necesario” dice el poeta: “Los pasados años parecen un ramo de alegría / de aquella guardada en el rescoldo del dolor / Ahora todo baila hacia la noche / como si la noche fuera / el tibio paraíso umbilical”.

Ricardo H. Herrera